

La regresión histórica de Rusia

- Entrega a los pulpos internacionales y locales
- Miseria e injusticia social
- Crisis económica

*Juan Pablo Arango Posada**

*Abogado, profesor universitario, gerente de *Deslinde*.

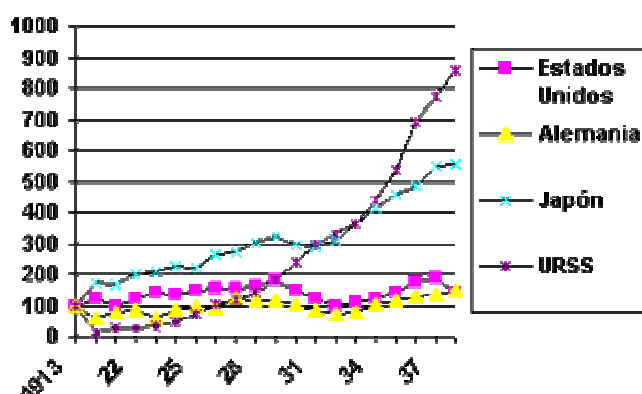
Presentamos la segunda parte del artículo sobre Rusia comenzado en la pasada edición de Deslinde, donde nos concentramos en la política externa rusa. Ahora analizamos su situación interna, de la cual se desprende el enorme retroceso histórico padecido por esta nación, denominado por algunos autores la tercermundización de Rusia. Se estudian la crisis económica (manifiesta en sus tasas de crecimiento negativas, su desindustrialización, los insucesos del sector agrícola, la enorme deuda externa en mora y la desnacionalización de buena parte de sus empresas), los problemas sociales (que han retrotraído los niveles de vida a los prevalecientes hace un siglo, en la época zarista) y un régimen político antidemocrático que ha entregado la nación a los intereses extranjeros, quienes junto a las mafias empresariales locales, exprimen las fuentes de riqueza del país con mayor extensión del globo terráqueo. DESLINDE

La hecatombe económica

De Krushchev a Gorbachov

Después de disfrutar uno de los mayores y más persistentes progresos económicos obtenidos por nación alguna en el siglo XX (ver el gráfico i y el cuadro ii siguientes), mientras los países capitalistas sucumbían al peor descalabro de sus finanzas —la Gran Depresión de los 30—, la Unión Soviética surgió de la Segunda Guerra Mundial como una de las mayores potencias económicas¹ y como el único país que hasta ese momento histórico había logrado superar la injusticia económica, satisfaciendo las necesidades básicas de la totalidad de su población.

**Índices anuales de producción
manufacturera, 1913-1938 (1913=100)**



Tras la toma del poder perpetrada por Nikita Krutchev después de morir Stalin, los nuevos inquilinos del Kremlin traicionaron al socialismo, a pesar de que éste había logrado los éxitos históricos antes reseñados, e iniciaron la restauración capitalista en la Unión Soviética, sin renunciar no obstante al mote socialista, emprendiendo un proceso que en tres décadas sumiría su economía en la bancarrota.

Según el Banco Mundial, la tasa media anual de crecimiento del PIB descendió del 6,5% en la década del setenta al 3,0% en la del ochenta.iii Algo similar aconteció con la producción manufacturera, que aunque continuó aumentando en los sesenta y setenta (ver cuadro correspondiente) lo hizo a un menor ritmo que en los decenios anteriores, comenzando su inatajable declive a partir de los ochenta: 3,9% en 1980, 1,6% en 1985 y -4,0% en 1990.iv

Índice de producción industrial 1938 - 1991

PAÍS	1938	1948	1952*	1959	1963*	1967*	1967	1970	1975	1980	1985	1991
Estados Unidos	33	73	90	113	133	168	59	63	69	88	100	112
Alemania Federal	53	27	61	107	137	158	63	83	84	98	100	121
Gran Bretaña	67	74	84	105	119	133	75	84	85	93	100	106
Francia	52	55	70	101	129	155	61	73	84	99	100	113
Italia	43	44	64	112	166	212	62	73	79	104	100	115
Japón	58	22	50	120	212	347	37	56	61	84	100	128
URSS	23	40	58*	111	146*	184*				3,9**	1,6**	-4,0**

Al comparar los resultados de las etapas socialista y capitalista históricamente experimentados en Rusia se desvirtúa el mito de la superioridad del sistema capitalista sobre el socialista, tan ensalzado por los apologistas del neoliberalismo tras la liquidación de la URSS. Lo que se confirma aún más con las funestas consecuencias

económicas, sociales y políticas del capitalismo abierto entronizado durante el mandato de Mijail Gorbachov, del radicalismo neoliberal de su sucesor Boris Yeltsin y del gobierno todavía más entregado a los intereses foráneos del novel presidente Vladimir Putin.

De Gorbachov a Putin

Desmintiendo el embelesamiento de quienes lanzaron al superestrellato mundial a Mijail Gorbachov a mediados de los ochentas, su famosa Perestroyka fue factor decisivo en el hundimiento económico ruso.

«Durante la Perestroyka la compra de bienes a precios regulados oficialmente para revenderlos en el mercado libre fue, al lado de la corrupción, la fuente principal de creación de riqueza. Tales negocios, realizados por ex funcionarios y ex militantes del Partido Comunista, se legalizaron en mayo de 1988 por medio de la Ley de Cooperativas, aprobada por Mijail Gorbachov. Esta ley permitía la creación de empresas privadas y *joint ventures* para comprarlas y operarlas, paralelamente a la existencia de las empresas estatales. (...) En la ex Unión Soviética 'el secreto de la acumulación primitiva' se sustenta en el principio del 'dinero rápido', que consiste en robarle al Estado y comprar a un precio para revender a otro.»^v Las propiedades estatales podían adquirirse a un precio irrisorio, ya que su valor contable era artificialmente bajo y el rublo muy barato. Se calcula que con una compra de mil dólares, se estaban adquiriendo bienes por un valor real de US\$ 300.000.^{vi}

«Mientras que la ex nomenklatura, las nuevas élites empresariales y las mafias locales eran las únicas que disponían de dinero para adquirir las propiedades estatales, carecían de la habilidad necesaria para manejar la industria rusa. (...) Como en muchos países del Tercer Mundo, estas élites compradoras en su mayoría prosperan gracias a su relación con el capital extranjero. Más aún, las reformas económicas favorecen el desplazamiento de los productores nacionales, tanto públicos como privados, y la conquista de grandes sectores de la economía nacional por el capital extranjero por medio de *joint ventures*. Por ej., los gigantes del tabaco estadounidenses Marlboro y Philip Morris ya han asumido el control sobre empresas estatales privatizadas mientras que British Airways ha accedido a las rutas aéreas domésticas a través de Air Russia, un joint venture con Aeroflot.»^{vii}

La KGB jugó un papel crucial en las reformas económicas iniciadas por Gorbachov, asumiendo sus oficiales cargos de dirección en buena parte de las empresas. La mayoría de *joint ventures* emprendidos en 1989 y 1990 fueron organizados por el quinto directorio de la agencia. Se estima que para 1992 el 80% de los *joint ventures* incluían a oficiales suyos. La KGB también participó en la mayor fuga de capitales desde la caída del zar Nicolás II, depositando en el exterior miles de millones de dólares del Partido y de las arcas estatales. De 1989 a 1991 el primer directorio de la agencia expatrió por lo menos 60 toneladas métricas de oro, 150 toneladas métricas de plata, 8 toneladas métricas de platino y entre US\$ 15 mil millones y US\$ 50 mil millones en moneda dura. Para esconder la fortuna del Partido, entre 1990 y 91 los funcionarios de la KGB fundaron alrededor de cien bancos y empresas en Moscú, 600 en las regiones y todavía más en el exterior. Los nuevos bancos obtuvieron ganancias exorbitantes, gracias a los créditos «regalados» que les otorgó el Banco Central: en 1992, cuando la inflación ascendía al 2.500%, les concedió préstamos equivalentes al 32% del PIB, con intereses del 10 al 25% anual. Unos pocos bancos privilegiados también concentraron el manejo de las cuentas parlamentarias y de los gobiernos central y regionales.

Otra fuente irregular de utilidades fueron las exportaciones. A principios de 1992 Yeltsin liberó -pero solo transitoriamente- sus precios, con el supuesto propósito de detener los desafueros a que se prestaban los precios subsidiados. Por entonces, el precio interno del petróleo era el 1% del internacional, permitiendo a los exportadores ganar US\$ 24 mil millones en un año.

Con esta magnitud de intereses en juego, la nueva oligarquía no dudó en financiar la reelección de Yeltsin en 1996. A cambio, algunos de los empresarios más poderosos, como Boris Berezovsky y Vladimir Potanin, fueron

recompensados con cargos gubernamentales. La evasión perpetrada por estos oligarcas llevó a las autoridades tributarias a desangrar a los pequeños y medianos empresarios y al pueblo en general.

Para cerrar con broche de oro, desde 1998 se desató un mayúsculo escándalo financiero que involucró el lavado de miles de millones de dólares, provenientes de actividades criminales y de préstamos del FMI a través, entre otros, del Bank of New York y el Republic National Bank. Por su parte, Berezovsky desvió hacia una cuenta privada suiza fondos de la aerolínea Aeroflot, dirigida por Valeri Okulov, esposo de la hija mayor de Yeltsin, Yelena, mientras miembros de la «Familia» y la administración Yeltsin aceptaban sobornos de una empresa de construcción también suiza, a la que se le concedió un contrato para renovar el Kremlin. Igualmente, existen denuncias de que el banco central ruso reorientó créditos del FMI por medio de una empresa fachada para especular en el mercado bursátil internacional.

A principios de 1999 los escándalos por fin se revelaron públicamente. El Procurador General, Yuri Skuratov, abrió una serie de prontuarios por delitos económicos, decretando el arresto preventivo de Berezovsky y Smolensky. Entonces el gobierno inició una campaña para deponerlo, en la cual recurrió a todos los medios imaginables, incluyendo películas que lo mostraban teniendo relaciones sexuales con dos prostitutas. Finalmente, en abril de este año Putin logró que la casa alta del Parlamento -el Consejo Federativo- despidiera a Skuratov. Con su caída, es probable que las investigaciones que adelantaba caigan en el olvido. El prontuario de Skuratov, aún antes de su despido, no impidió que continuara la desafortunada fuga de capitales, sobre la cual existen distintos estimativos, que van desde los US\$ 25 mil millones anuales calculados por el ministerio de Impuestos y Aduanas hasta los US\$ 71,4 mil millones anuales de que habla el banco de inversiones ruso Troika Dialog.

El FMI, omnipresente en la crisis financiera rusa, a su vez enfrenta el dilema de ignorar el conflicto de Chechenia y los escándalos financieros, girándole a Rusia el desembolso por US\$ 640 millones que viene posponiendo desde septiembre del 99, u observar cómo incumple el préstamo. El pasado 27 de noviembre el director del Fondo, Michael Camdessus, advirtió al Kremlin que su guerra en Chechenia ponía en peligro el crédito total por US\$ 4,5 mil millones acordado con la institución. Pero Rusia no tiene con qué pagar: en el presupuesto aprobado por la Duma para el año 2000 sólo se le asignaron dineros al Fondo sobre la base de que desembolse los mencionados US\$ 640 millones. Lo que Moscú está haciendo en realidad es reciclar su deuda, pagando viejos préstamos con nuevos; si no recibe el mencionado giro, no cancelará la cuota de US\$ 600 millones que adeudaba al FMI a finales de 1999.

De Yeltsin a Putin: llegaron los vándalos

Ya disuelta la Unión Soviética se adoptó abiertamente la reinstauración del capitalismo como política oficial y en mayo de 1992 la administración de Boris Yeltsin firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, el cual asumió el control directo de la economía rusa, a la que impuso un «tratamiento de choque». Como consecuencia, en 1992 los precios al consumidor se centuplicaron, al paso que los salarios sólo aumentaron diez veces.

Las reformas económicas presionadas por el FMI e implementadas por el primer ministro Yegor Gaidar entraron en crisis en septiembre de 1992, cuando ambas cámaras del Congreso manifestaron su desacuerdo con algunas de las medidas. Entonces, el 21 de dicho mes Yeltsin perpetró un *coup d'état* y cerró el Parlamento. Dos días después el FMI suspendió sus desembolsos, aduciendo que «Rusia había fallado en cumplir sus compromisos». El Grupo de los Siete (que reúne a los principales países industrializados) apoyó el golpe contra el Congreso, manifestando «su muy fuerte esperanza de que los últimos acontecimientos ayudarán a Rusia a encontrar una salida decisiva en el camino de las reformas económicas». Inmediatamente el presidente Yeltsin emitió una serie de decretos para acelerar las reformas prometidas al FMI. La persistente resistencia del suspendido Congreso, llevó a someterlo a sangre y fuego: el 4 de octubre Yeltsin ordenó bombardear su sede, la Casa Blanca.

La nueva política económica aceleró la privatización de las empresas estatales a favor de un puñado de multinacionales y una cuarentena de nuevos ricos locales, conocido como la «Familia», ambiguo término aplicado indistintamente a los noveles oligarcas y a la propia familia de Boris Yeltsin. Hoy por hoy esta «Familia» controla casi la mitad del PIB, acumulando una riqueza que se contabiliza en miles de millones de dólares.

Por su parte, el capital internacional se ha valido de la inversión extranjera y del endeudamiento externo para desvalijar al país. A octubre de 1999 la inversión externa acumulada ascendía a US\$ 27,8 mil millones, incluyendo US\$ 11,7 mil millones de inversión directa. No obstante, desde mediados de la década del noventa la crisis económica rusa ha perjudicado dicha inversión, disminuyendo la directa de US\$ 3,9 mil millones en 1997 a US\$ 2,2 mil millones en 1998 y US\$ 1 mil millones en 1999. Durante el primer trimestre de este año la inversión extranjera directa sólo alcanzó US\$ 853 millones; aunque ello constituye un aumento anual del 40%, sigue siendo pírrica puesto que apenas alcanza US\$ 5,80 por persona, comparado, por ejemplo, con una inversión per cápita diez veces mayor en Estonia. A su vez, a principios del 2000 la deuda externa ascendía a US\$ 158 mil millones, de los cuales US\$ 103,5 mil millones se heredaron de la URSS.

El grueso de estas acreencias se divide en tres categorías: al Club de Londres se adeudan US\$ 32 mil millones, al de París US\$ 38,7 mil millones y al FMI US\$ 15,2 mil millones. Ante la imposibilidad de pagar dichas deudas, Moscú primero negoció con el Club de Londres, un grupo de 600 bancos internacionales, logrando que en febrero del presente año redujese su saldo a US\$ 21,3 mil millones y extendiese los plazos de amortización a 30 años. El Kremlin espera usar este éxito como modelo para sus negociaciones venideras con el Club de París, integrado por gobiernos y no por instituciones financieras privadas.

Aproximadamente el 40% de tales créditos se adeuda a Alemania (cuyas acreencias lindan entre los US\$ 42 mil y los US\$ 56 mil millones, según la fuente). Por ahora el Club de París ha decidido postergar el problema, ligando su solución a la del FMI. Pero los germanos, que son los segundos socios comerciales de Rusia, se esfuerzan por proteger sus intereses, por lo cual en la reunión del Grupo de los Ocho (G-8) del pasado 21 de julio aplazaron US\$ 3,82 mil millones de su deuda. A cambio, Putin accedió a hacer concesiones en su política exterior: según informe de la France Press del 22 de julio, el mandatario ruso aseguró a las autoridades germanas que ahora consideraba al presidente serbio Slovodan Milosevic, apoyado formalmente hasta ese momento por el Kremlin, un problema y que ya no podía contar irrestrictamente con Moscú.

En la cumbre del G-8 Putin abogó por el perdón parcial de la deuda externa rusa. Pero sus homólogos se mostraron inflexibles, a pesar de que Putin imploró que si no le rebajaban el préstamo concedido por el Club de París fracasarían las reformas económicas rusas. Los jefes de Estado occidentales incluso se negaron a considerar la reestructuración de la deuda, acusando más bien a Rusia de estarse convirtiendo en un centro de lavado de dólares y amenazándola con medidas retaliatorias.

Actualmente las reservas totales de divisas y oro sólo alcanzan los US\$ 15,1 mil millones, nivel semejante al filipino o venezolano. Según los acuerdos hasta hoy firmados, Rusia debería cancelar este año US\$ 10,2 mil millones. Empero, aún si cumplierse sus obligaciones, al finalizar el 2000 la deuda neta sería básicamente la misma, mientras que los saldos indefectiblemente aumentarán en los próximos años. El peso total de la deuda sextuplica los ingresos presupuestales, lo que constituye una carga tres veces mayor que la de la mayoría de los países en desarrollo. La economía ha quedado así hipotecada por décadas: hasta el 2008 Rusia deberá cancelar anualmente a sus acreedores externos entre US\$ 13 mil millones y 19 mil millones.viii

El desmantelamiento económico

Entre 1990 y 1998 la economía rusa decreció a una tasa anual del 7%, ascendiendo el PIB en este último año a US \$ 446.982 millones.^{ix} El pasado 26 de julio el ministro de Finanzas Alexey Kudrin anunció que en ese momento el crecimiento económico se estaba aproximando a cero. Los sectores agrícolas e industrial han sido los más afectados. En 1998 Rusia tuvo su peor cosecha en cuarenta años y se espera que en el 2000 escaseen los alimentos, teniendo que importarlos. Ello es consecuencia del deficiente desarrollo de la agricultura. En 1994-1996 sólo el 4% de las tierras cultivadas tenían regadío, apenas había 122 tractores por cada mil trabajadores agrícolas y el valor agregado por trabajador agrícola escasamente llegaba a US\$ 1.9952.^x

La infraestructura industrial, ya obsoleta al desplomarse la Unión Soviética, continúa deteriorándose. La edad promedio de la planta industrial es tres veces mayor que la de los principales países industrializados integrados en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, OCDE, requiriendo billones de dólares para su modernización o reemplazo.

Entre 1990 y 1998 la inversión interna bruta disminuyó 14,8%.^{xi} En 1997 las grandes empresas que conformaban el mercado de valores ruso representaban conjuntamente sólo el 20% del PIB; hoy escasamente llegan al 5% de un PIB reducido a la mitad.

Con poco más que ofrecer fuera de hidrocarburos, materias primas y armamento y sin divisas disponibles, Moscú está teniendo que adoptar un modelo de comercio internacional basado en buena parte en el trueque, intercambiando recursos y vendiendo armamento a cambio de las importaciones que requiere. En 1998 Rusia exportó armas por US\$ 2.850 millones, constituyéndose en el cuarto exportador mundial, después de Estados Unidos (US\$ 26.500 millones), Francia (US\$ 9.800 millones) y Gran Bretaña (US\$ 8.970 millones). Para 1999 dichas exportaciones aumentaron a US\$ 3.400 millones y para el año 2000 se estima que ascenderán a US\$ 4.300 millones. El mercado de las empobrecidas ex repúblicas soviéticas se ha menguado, por lo que Moscú está incentivando su marketing en los países occidentales, en un esfuerzo por convertirse en el segundo exportador mundial de armamento.^{xii}

Para este año el presupuesto contempla gastos por US\$ 28 mil millones, incluyendo un aumento del 50% en los de defensa. Sin embargo, la financiación de este presupuesto se basa en tres débiles supuestos: la continuación de los altos precios petroleros, el flujo ininterrumpido de préstamos externos y la terminación o el radical debilitamiento de la guerra en Chechenia. Estas cábalas no parecen realistas: como ya explicamos, el FMI suspendió sus desembolsos desde septiembre del año pasado, mientras que las otras fuentes crediticias externas están extenuadas; los precios petroleros parecen estar llegando a su tope ante la presión de los países industrializados para disminuirlos y la guerra en Chechenia continúa absorbiendo entre US\$ 100 y 200 millones mensuales.

Aunque los economistas occidentales, insomnes guardianes de las ganancias multinacionales, continúan inquietos sobre la exacta orientación económica de Putin, nadie duda de su naturaleza neoliberal. El Manifiesto, que dio conocer a inicios de este año afirma que Rusia pagó un «precio escandaloso» por el «experimento bolchevique», necesitando ahora un sistema híbrido que «combine los principios universales de una economía de mercado y la democracia, con las realidades rusas». ^{xiii} A su vez, a finales de junio el gabinete ruso aprobó un plan económico de 10 años orientado a establecer el mercado libre. El plan incluye la propiedad privada de la tierra, la terminación de los trueques interempresariales, el fortalecimiento de la libre competencia y una reforma judicial que sirva para resguardar las inversiones extranjeras. Fiel a esta orientación, el pasado mes de mayo una serie de funcionarios chilenos y neozelandeses ultraneoliberales visitaron Moscú para asesorar al Centro de Investigaciones Estratégicas, el think tank creado por Putin para orientar sus planes económicos. Además, varios de los nuevos consejeros económicos presidenciales son asociados cercanos del ex primer ministro Yegor Gaidar, arquitecto de la apertura económica de principios de los noventa. Pero por sobre todos se destaca el nuevo primer ministro, Vladimir Kassinov, quien durante 9 años integró el Comité Estatal de Planificación, Gosplan, para luego pasar a los ministerios de Economía y Finanzas y, posteriormente, ser nombrado primer vicepresidente. El más brillante galardón de su hoja de vida es haber sido el negociador de la deuda con el Club de Londres.

El escarnio social

La miseria se ha apoderado de Rusia. El primer trimestre de 1999 aproximadamente 55,2 millones de personas, cerca del 38% de su población, devengó lo que el Banco Mundial considera ingresos por debajo de la línea de miseria: 25,39 rublos (o sea un dólar) diarios. Desde 1994 el desempleo no ha dejado de aumentar un sólo año, hasta sobrepasar los diez millones de personas en 1999, con una tasa superior al 12%, sin contar el subempleo.

Este empobrecimiento ha estado acompañado del enriquecimiento de unos pocos: para 1996, año de la última encuesta, el Coeficiente Gini llegaba a 48,0 (entre más se acerca a 100, peor es la concentración), superando al de países como Bolivia, Ecuador, Perú, Venezuela o Estados Unidos. Ese año el ingreso se «maldis-tribuía» de la siguiente manera entre los diferentes estratos sociales^{xiv}:

Proporciones del ingreso o del consumo				
20% inferior	2°	3er	4°	20% superior
	20%	20%	20%	
4,2	8,8	13,6	20,7	52,8

Una encuesta realizada en enero del 2000 por el Instituto Nacional de Problemas Sociales y Regionales, concluía que 7 de cada 10 rusos se consideraba pobre, que sólo el 14% podía pagar servicio médico y que únicamente el 8% estaba en condiciones de disfrutar vacaciones. Todo lo cual llevó a que en febrero del presente año Vladimir Putin tuviese que reconocer que el nivel de vida ruso se había rezagado al 71° puesto en el mundo.^{xv}

Por otro lado, en la actualidad un millón y medio de científicos rusos han engrosado el mercado mundial de trabajadores baratos, alimentado sobre todo por obreros u operarios manuales del Tercer Mundo. Los mejores científicos nacionales ahora se pueden contratar por salarios cincuenta veces menores a los pagados en el *Silicon Valley*, epicentro de la industria cibernética estadounidense. Así, los científicos de carne y hueso, junto a los mismos complejos aéreos y espaciales, se están convirtiendo en una de las más codiciadas preseas de la industria mundial de alta tecnología.

La drogadicción también aumentó dramáticamente en la década de los noventa, alimentada por la desesperación que acompaña a la pobreza y al desempleo y facilitada por la corrupción de los guardias fronterizos. Más de tres millones de rusos, o sea el 2% de la población, consumen droga y la cantidad aumenta sin cesar. Un estudio realizado en 1998 por el Consejo de Política Externa y de Defensa concluía que «la rapidez y escala de la distribución de narcóticos en el territorio ruso durante los últimos cinco años, permite afirmar que estamos enfrentando una pandemia. (...) En 1997 se estimaba que el dinero involucrado en el narcotráfico superaba los US\$ 2,5 mil millones, casi el doble de los US\$ 1,5 mil millones calculados para 1996». La adicción está especialmente extendida en la juventud. El ministerio de Salud afirma que en el grupo de los adolescentes se multiplicó por trece en la década pasada y que el 6% de los niños en edad escolar consumen drogas. De contera ello repercute en las tasas de criminalidad y de sida: en 1998 seis de cada diez delitos eran cometidos por adictos, la mayoría menores de 35 años, y según la Organización Mundial de la Salud, entre finales de 1997 y finales de 1999 la población afectada por sida se duplicó en los Estados ex soviéticos, lo que constituye el mayor crecimiento mundial del flagelo.

A lo anterior se suma una de las peores tasas mundiales de suicidios (40 por 100.000) y la duplicación del número de alcohólicos registrado desde 1992: 2,2 millones, de los cuales más de 110.000 sólo tienen entre 12 y 16 años. De acuerdo con los últimos cálculos del ministerio de Salud, el adulto ruso promedio consume 3,7 galones de licor

duro al año, frente a 1,2 consumidos por los estadounidenses y 2,1 considerados peligrosos por la Organización Mundial de la Salud.

Semejante derrumbe social no tiene precedentes. Hasta en los aciagos días de la Segunda Guerra Mundial había más que comer.^{xvi} Nunca antes en la historia de la humanidad se había presenciado el espectáculo dantesco de un pueblo de 147 millones de personas que en sólo una década pasara de la plena satisfacción de sus necesidades básicas a la más aberrante miseria. Las ciudades están invadidas de masas mendicantes, en los semáforos se aglutinan los vendedores de Marlboro tan tristemente conocidos en nuestros países tercermundistas, las familias se ven forzadas a vender sus enseres domésticos en «sanalejos» domingueros y los enfermos tienen que esperar a que los médicos retornen de los arrabales, a donde se ven obligados a desplazarse para sembrar legumbres que palien su hambre.^{xvii}

Mientras tanto el Estado, quebrado pero inmisericorde con el pueblo, sobre cuyos hombros hace recaer la crisis, retrasa los salarios durante meses: en agosto de 1999 su deuda con los trabajadores alcanzaba los 59,2 mil millones de rublos. Y aumenta los tributos indirectos, que gravan indiscriminadamente a toda la población: p. ej. en julio incrementó los impuestos de gasolina en 300%, de tabaco en 50%, de cerveza en 10% y los de los demás licores y el vino en 5%. Lo mismo ocurre con las tarifas de los servicios públicos, afectando el último ascenso, del 18,5%, decretado el pasado agosto, los costos del transporte ferroviario de carga. No contento con lo anterior, durante los últimos meses la administración Putin/Kasyanov ha abolido diversos subsidios —entre otros, los de vivienda— y a mediados de agosto acordó con el Banco Mundial, a cambio de un crédito de US\$ 250 millones, reformar el sistema pensional con el objeto de impedir nuevos aumentos de las mesadas, las cuales ante su nulo poder adquisitivo había tenido que incrementar tres veces este año.

La tendencia centrífuga de sus regiones

Aún después de desintegrarse la Unión Soviética en quince repúblicas, Rusia sigue siendo de lejos el país más grande del mundo, representando sus 17'075.200 kilómetros cuadrados más de la décima parte de la superficie terráquea y casi el doble de los 9'922.330 kilómetros cuadrados de Canadá, el país que le sigue en tamaño. Rusia tiene 89 divisiones administrativas: 21 repúblicas autónomas, 30 oblasts, 10 okrugs, 6 krays y 2 ciudades federales (Moscú y San Petersburgo). Aunque hasta ahora ninguna se ha encaminado abiertamente por los senderos secesionistas checheno y daquestano, desde la disolución de la URSS ha estado latente una tendencia centrífuga en la que se manifiestan diversas contradicciones de la periferia con Moscú, obligando a las autoridades centrales a realizar innumerables maniobras para mantener y robustecer su control sobre el país. El fenómeno, más que obedecer a raíces étnicas o históricas, es sintomático del vacío de poder padecido por el Kremlin, incapaz de cumplir sus obligaciones con la periferia y de proveer políticas regionales adecuadas en ninguno de los campos.

La mayoría de las regiones depende de subsidios federales cada vez más escasos. Por ejemplo, la república de Kalmykia obtiene más del 90% de su presupuesto de estos subsidios. Siberia y el lejano oriente ruso también dependen de las transferencias federales, con excepción de unas pocas regiones ricas en petróleo o gas. Inversamente, sólo 13 regiones realizan transferencias netas al gobierno federal, pagando más impuestos que los subsidios que reciben. Sobre este pequeño grupo de transferentes netos recae las mayores contribuciones, proveyendo la sola Moscú más del 40% del presupuesto federal.

El persistente incumplimiento federal de sus obligaciones financieras con las regiones ha motivado una serie de revueltas tributarias que, después de la crisis económica de agosto de 1998, ha generado una tendencia hacia el separatismo económico. En efecto, los gobernadores han amenazado con vetar los proyectos tributarios presentados por Putin en la cámara alta. Si el ejecutivo central no logra hacerse respetar por los rebeldes Estados federales, las

penurias económicas lo agobiarán todavía más, lo que tendría graves repercusiones políticas y sociales, pudiendo transformarse en una amenaza para la misma unidad territorial y política rusa.

En 1997 el Kremlin logró controlar transitoriamente las manifestaciones más graves del amotinamiento tributario, pero no pudo solucionar sus causas, como se comprobó cuando volvió a aflorar el deterioro en las relaciones regionales debido a la crisis económica de agosto del 98. Entonces el gobierno federal perdió el control económico efectivo sobre las regiones, que lo asumieron directamente. Ello obligó al primer ministro Primakov a declarar a finales de 1998: «Hemos perdido la Unión Soviética. Pero no permitiremos que se pierda Rusia.» Para advertir a renglón seguido a los gobernadores que no podían seguirse comportando como «principitos feudales» y proponer un plan inicial que los sometía al presidente de la unión, pero no pudo desarrollarlo pues Yeltsin lo destituyó en mayo de ese mismo año.

Por su parte, a finales del primer semestre del 2000 Putin abocó la crisis del poder central dividiendo Rusia en siete territorios, lo que le permitirá disolver las asambleas regionales y desbancar del Consejo Federal (la cámara alta o senado del Parlamento ruso) a cualquiera de los 89 gobernadores. El primer mandatario ha fortalecido este Consejo, integrándolo con compinches de la ex KGB y con sus siete representantes regionales, convirtiéndolo en un cuerpo asesor de creciente influencia. Las fronteras de las siete regiones corresponden casi exactamente a las de los existentes distritos militares y cinco de los siete funcionarios nombrados para dirigirlas son generales, todo lo cual se orienta a fortalecer el control presidencial sobre la infraestructura militar local y robustecer los lazos operativos con la periferia.

El presidente también está asumiendo el control de múltiples empresas locales (p. ej. las de vodka, que aportan cerca del 20% de algunos presupuestos regionales y el 4% del federal) y apretando cada vez más la tenaza fiscal sobre las regiones, aumentando sus impuestos y mostrándose inflexible al cobrar los servicios suministrados por empresas nacionales.

Putin: adalid del capital extranjero

Ya posesionado, Putin nombró primer ministro a Vladimir Kassianov, designación que fue ratificada por la Duma el pasado 17 de mayo. Al igual que prácticamente todos los funcionarios rusos, Kassianov no ha escapado a las acusaciones de corrupción, que incluyen supuestos vínculos con el crimen organizado. Algunos periodistas y políticos sostienen que se benefició del manejo que dio a la deuda externa antes de ascender a su cargo actual, cuando era apodado «Misha Dos Por Ciento», por el porcentaje que cobraba al interponer sus buenos oficios. Los nombramientos que hasta ahora ha hecho son igualmente dicientes, ya que involucran a personalidades sobre las que recaen sospechas de deshonestidad. Ello es apenas explicable pues Kassianov y la mayoría de su nuevo gabinete tiene vínculos con la «Familia».

Más aún, Putin también es blanco de estas acusaciones: el famoso periódico francés *Le Monde* denunció que él y su ministro de Estrategia Económica, Gherman Gref, estuvieron involucrados en una empresa de finca raíz alemana cuyo cofundador fue arrestado a principios de junio por lavado de dinero y otras actividades criminales. Múltiples medios de comunicación occidentales ensalzan la supuesta honestidad de Putin, afirmando que está decidido a acabar la corrupción y confrontar a la oligarquía. Así la prensa estadounidense y europea, posando de moralista, en realidad defiende taimadamente los intereses de sus propios empresarios, quienes saldrían beneficiados de los golpes propinados a sus competidores locales. Empero, a pesar de las medidas judiciales propinadas por Putin contra algunos miembros de la élite rusa, éste, como ya reseñamos, protege a otros sobre quienes pesan iguales o más graves sindicaciones. Y ello sin mencionar su manifiesto favoritismo por las empresas extranjeras y su consecuente mutismo frente a las tropelías que las han hecho famosas internacionalmente.

El 17 de julio se produjo la más sensacional, aunque poco resaltada, noticia de la confrontación presidencial con los empresarios locales: Boris Berezovsky anunció su intención de renunciar a la Duma. En la misma conferencia de prensa, afirmó que no podía permanecer observando como el presidente creaba un Estado autoritario, que no estaba dispuesto a ser copartícipe en la «destrucción de Rusia» y que las medidas represivas de Putin buscaban acabar poderosas empresas privadas. Pero esto no fue óbice para que solicitara al jefe de Estado beneficiar con el manto de la inmunidad a todos los empresarios surgidos durante la administración Yeltsin, argumentando que en la década de los 90 era imposible hacer negocios sin infringir algunas leyes.

Todo ello motivó el 28 de julio a los más poderosos empresarios rusos a pedir una reunión con Putin, logrando que los recibiera pero sin la presencia de Berezovsky y Gusinsky. Aunque no se ha revelado lo acaecido durante las conversaciones, es de presumir que los angustiados multimillonarios buscaban congraciarse con el presidente, tratando de ponerle coto a la campaña emprendida contra algunos de ellos.

En resumidas cuentas, lo que podemos colegir de los mencionados enfrentamientos gubernamentales con algunos de los empresarios rusos más poderosos y de lo analizado sobre las afugias del nuevo presidente con los mandatarios, el FMI y los demás prestamistas y multinacionales occidentales, es que —a diferencia de Yeltsin, quien entregó la economía rusa a los agiotistas foráneos pero simultáneamente aprovechó para privilegiar a un puñado de nuevos ricos autóctonos de los que su propia familia formaba parte— Putin parece haber optado por favorecer al capital extranjero en la rebatiña por ver quién se apodera de la mayor porción de las riquezas nacionales. Así, aunque el presidente no renuncie a tomar partido a favor de algunos pulpos empresariales nacionales frente a otros ni renuncie tampoco a que su país siga siendo una potencia chovinista o con limitados intereses imperialistas (punto éste que tratamos en nuestro anterior artículo sobre la situación internacional rusa), las grandes ganadoras de sus políticas serán las potencias capitalistas y las multinacionales, las cuales competirán entre sí para ver para definir cuál se queda con la parte del león.

Por ejemplo, el Kremlin está estudiando cómo favorecer la inversión extranjera en la actividad más poderosa y lucrativa del país, el petróleo, flexibilizando las complejas restricciones que actualmente penden sobre las exportaciones del crudo y otorgando a los inversionistas foráneos, por medio de los Acuerdos de Participación en la Producción, reducciones tributarias y participaciones en la producción y ganancias, a cambio de tecnología y capital. El 1 de agosto Putin encomendó al ministro de Comercio, German Gref, la redacción de nuevas leyes que mejoren y revitalicen estos acuerdos.

Conclusión

La Rusia de Putin a la vez se diferencia y se asemeja a la de Yeltsin. En el primer sentido pretende un papel internacional mucho más fuerte, en el que el Kremlin se esfuerza por sanear sus problemas separatistas internos, consolidar su control sobre las escindidas repúblicas ex soviéticas y ganar reconocimiento como protagonista mundial de primera línea, debilitando la hegemonía ecuménica estadounidense, así no pueda retrotraer la historia a la época bipolar en que la URSS y Estados Unidos se disputaban el control íntegro del orbe.

En el segundo, propugna por una Rusia que ahonde su tránsito en la senda globalizadora entregándose cada vez más a los intereses foráneos, aunque reivindique un intervencionismo estatal que hoy por hoy se acerca cada vez más al reacomodamiento de la globalización y la apertura económica aceptado por los mismos Estados Unidos, los demás países industrializados y los organismos financieros internacionales para garantizar su continuidad frente a los estragos sociales -y consiguientes peligros políticos- que ha engendrado. Asimismo, preludia un país en el que continuará rigiendo un gobierno antidemocrático, marcadamente centralista, presiden-cialista y chauvinista, que aumentará los tributos, tarifas y todo tipo de exacciones mientras el desempleo y la pobreza siguen golpeando a las masas empobrecidas.

Por desgracia, en ninguno de los dos sentidos asoman mejores tiempos para el pueblo ruso, quien sólo retomando las banderas que sacó triunfante la más gloriosa revolución en la historia de la humanidad y sumando sus fuerzas a las de las masas laboriosas y los países esquilados de todo el planeta lograrán sacar adelante a su patria y contribuir al hundimiento de la hegemonía estadounidense, convertida en el peor enemigo suyo y del mundo entero.

Nota

i Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la URSS tenía el segundo PIB mundial, US\$ 60 mil millones, después del de Estados Unidos, US\$ 217 mil millones, según la *Enciclopedia Británica*.

Bibliografía

Además de la que se reseña a continuación, la mayoría de la bibliografía fue extraída de *Stratfor.com*, *Global Intelligence Update*, y *CDI Russia Weekly*.

i Kennedy, Paul. *The rise and fall of the great powers*. Eds. Random House, New York, 1988. Table 28, pág. 299. Extractado de: *League of Nations*, *World Economic Survey* (Geneva, 1945), Table III, pág. 134.

ii Fuente: En el primer bloque de años, 1938-1967, Laqueur Walter, *Europa después de Hitler*. Editorial Sarpe. 1958=100. Cuando aparece * en columna 1952, es 1953; en columna 1963, es 1962; en columna 1967, es 1965. En el segundo bloque de años, 1967-1991, Naciones Unidas, Estadísticas Financieras Internacionales. Anuario 1992, págs. S100 y S101. 1985 = 100. Cuando aparece ** Naciones Unidas, *World Economy Survey*, 1991, pág. 210. En la columna de 1991 con **, los datos corresponden a 1990.

iii Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial*, 1996; cuadro A.2; pág. 205.

iv Naciones Unidas, *World Economy Survey*, 1991; pág. 210.

v Chossudovsky, Michel; *The globalization of poverty*; Ed. Third World Network, 1997; capítulo 12, «La ‘Tercermundización’ de la Federación Rusa»; pág. 228.

vi *Op. cit.*; págs. 231 y 241.

vii *Op. cit.*

viii *Stratfor.com*. *Global Intelligence Update*; «Russia’s debt binge causes German hangover»; abril 6/2000.

ix Banco Mundial; *Informe sobre el desarrollo mundial*, 1999-2000; pág. 250.

x *Op. cit.*; págs. 244 y 250.

xi *Op. cit.*; pág. 250.

xii El Tiempo, IX/15/2000/pág. 2-10; extraído del gobierno ruso y del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos.

xiii The Globe and Mail, publicación canadiense; enero 5/2000.

xiv *Informe sobre el desarrollo mundial 1999-2000*; B.M.; págs. 236 y 237. Si el 20% inferior se divide en un primer 10% inferior y un segundo 10% inferior, los porcentajes correspondientes son 1,4% y 2,8%. Si el 20% superior se divide en un primer 10% superior y un segundo 10% superior, los porcentajes correspondientes son 15,4% y 37,4%.

xv AFP.

xvi Chossudovsky, Michel; *op. cit.*; pág. 227.

xvii Summa, abril de 1999, «En caída libre», págs. 21 a 30. Extractado de *The New York Times*.